

bre su sufragio universal un privilegio, un grande privilegio, permanente, hereditario. ¿Y qué habia de suceder? Que un privilegio llamaba á otros privilegios, y para ponerlo más claro, una Monarquía necesita córte, una córte necesita aristocracia. No la ha de ir á reclutar allí donde se reclutan los barricaderos, los revolucionarios. Toda Monarquía, en toda la redondez de la tierra, tiene una aristocracia. Suprimida la Cámara de los Lores, ¿viviria un solo minuto la Monarquía británica? La Monarquía de la restauracion tuvo en Francia la aristocracia de la sangre y la aristocracia de la Iglesia. La Monarquía de Luis Felipe tuvo en Francia la aristocracia de la banca. La Monarquía de Napoleon tuvo en Francia la aristocracia del ejército. ¿Qué aristocracia, Sr. Marqués de Sardoal, fuera de algunos nombres ilustres, resellados de plebeyos, qué aristocracia tiene nuestra Monarquía? No tiene la aristocracia de la sangre, porque la aristocracia de la sangre está con los Reyes proscritos. No tiene la aristocracia de la Iglesia, porque la aristocracia de la Iglesia está con los Reyes tradicionales y legítimos. No tiene la aristocracia de la banca, porque esta aristocracia, siguiendo un impulso natural, desea por Monarca el jefe de los banqueros, el Duque de Montpensier. (*Risas.*) No tiene la aristocracia del ejército, porque la aristocracia del ejército está en su gran mayoría injuramentada (*Murmillos*: No, no), y si no, hostile en su conciencia. Señores Diputados, lo he dicho aquí muchas veces, y voy á contestar á esos murmullos de la Cámara, que como todas las grandes colectividades, se conmueve á la chispa eléctrica de las ideas. Yo voy á decir una cosa. Ayer, un Ministro del antiguo partido moderado dijo aquí elocuentísimamente, sin que el Presidente le tocara la campanilla, sin que la Cámara le interrumpiese, lo cual honra mucho á esta Cámara, dijo

elocuentísimamente: «La Reina legítima de España Doña Isabel II.» Señores Diputados, las lágrimas se me vinieron á los ojos al ver la grande libertad parlamentaria que hemos alcanzado, y principalmente al considerar yo, que si no he aprendido otras virtudes en el santo hogar donde fuí criado, he aprendido el culto al infortunio que regenera y que redime; al considerar cómo en medio de este abandono universal, cuando tantos que recibieron de las pródigas manos de la Reina honores para sus nombres, condecoraciones para sus pechos y dinero para sus arcas, lo han olvidado y han escupido la Majestad caída en su destierro, aún quedan caracteres enteros y viriles incapaces de doblegarse al éxito, y fieles cortesanos de la desgracia. Pues no os equivoqueis, Gobierno y mayoría. En el seno del ejército, en el seno de la aristocracia militar hay muchas almas caballerescas y nobles que tampoco han olvidado la fidelidad debida al infortunio. ¿Creeis que han desaparecido de la haz de la tierra todos los partidarios y todos los amigos del antiguo régimen?

Si yo fuera el Sr. Rivero, si yo fuera el Sr. Márto, si yo fuera el Sr. Becerra, me importarian muy poco todos estos contratiempos, me importarian muy poco todas estas oposiciones. (*El Sr. Ministro de Estado hace alguna indicacion.*)

El Sr. Márto se resigna, lo veo; pero yo no me resignaria si viera que no tenía á mi lado, para compensar la ausencia de las clases conservadoras, al pueblo, en cuyas venas hay siempre sangre para todas las grandes ideas, y en cuyo pecho hay amor para todas las grandes causas. (*El Sr. Becerra pide la palabra.*)

El pueblo español, que ha visto restaurada la Monarquía, la Iglesia privilegiada; el pueblo español, que ha visto restaurada una especie de nueva aristocracia de estilo bizantino; el pueblo español, que sobrelleva

con pena el peso enorme de las quintas y de tantos tributos directos é indirectos; el pueblo español, que ha visto los derechos individuales manipulados por el administrador de ellos, Sr. Sagasta, y el sufragio universal corrompido en las últimas elecciones, llama á esa democracia la democracia de las tres blasfemias, en vez de llamarla la democracia de la igualdad, la libertad y la fraternidad; y como la llama la democracia de las tres mentiras, nunca se asociará á ella el noble, el entero y el generoso corazon de los españoles.

Así, señores Diputados, ¿cómo estamos? Yo no se lo pregunto á los partidos; yo no se lo pregunto siquiera á mi partido; lo pregunto á la conciencia de todas las clases. ¿Cómo estamos, señores Diputados? Continúa el equilibrio inestable de que hablé en las Córtes Constituyentes. Sólo que el equilibrio inestable le habeis hecho permanente y hereditario, como habeis puesto sobre la interinidad una Corona Real, y la habeis dado varios millones, con lo cual creéis haber echado el áncora en el mar de la fortuna. Pues bien, señores Diputados, existe el equilibrio inestable, porque vivis sin el pueblo y sin las clases conservadoras, sin la aristocracia y sin los elementos populares; pero con una diferencia, que cuando yo os anuncié que estabais en equilibrio inestable, podiais venir á la izquierda ó ir á la derecha. Y ahora no podeis volveros á la derecha ni á la izquierda. No podeis venir á la izquierda, porque nosotros no transigirémos nunca con la Monarquía; no podréis ir á la derecha, porque aunque sus jefes quisieran, los partidos conservadores nunca transigirán con la dinastía. Esta situacion, como todas aquellas situaciones en que se entra impremeditadamente, no tiene salida. ¿Pueden continuar los demócratas en el Gobierno? ¡Ah! No pueden, sin perderse para siempre. ¿Pueden salir? No pueden, sin llevarse

la situacion entera en las suelas de sus zapatos. ¿Puede durar la coalicion? No puede durar, porque es la parálisis. ¿Puede destruirse? No puede destruirse, porque sería la muerte. ¿Puede continuar este Congreso? No puede continuar con esta oposicion tan formidable y esa mayoría tan confusa. ¿Puede disolverse? No puede disolverse sin correr riesgo de que venga otro peor para la situacion. ¿Puede continuar el sufragio universal? No puede continuar, porque da fuerzas extraordinarias á los partidos extremos. ¿Puede abolirse? No puede abolirse, porque aboliria todos los títulos de legitimidad en que descansa este régimen. ¿Pueden continuar los derechos individuales? No pueden continuar, porque cada una de sus manifestaciones resuena como un estallido de la conciencia pública indignada contra la solucion que habeis traído. La noche de la pedrea universal admiraba yo el paso de las turbas encargadas de velar por los derechos individuales en la calle de Hortaleza; confieso que temí conocer el mito célebre por el criterio de la experiencia de mis costillas. Pero, ¿quién dijo miedo? Quédeme á observar este grande fenómeno social, no obstante las prevenciones y advertencias de mi familia.

Y pasaban unos de aquellos heraldos de la nueva Monarquía, señores Diputados; me conocieron y me dijeron que la iluminacion era un conjunto de manifestaciones carlistas. Pero, ¿no tienen los carlistas derecho á iluminar? les pregunté yo. Y se fueron, y yo seguí mi camino, tropezando más tarde con una porcion de señoras medio desmayadas, y de hombres sin sombreros que salian del café de San Joaquin atropelladamente y en desórden. En mi camino, oí decir á varios de aquellos infelices, que llevaban sacos llenos de piedras: Todo esto es contra el Rey, todos estos faroles son contra el Rey; señores Diputados, contra el Rey.

¿No se podrá intentar una manifestacion religiosa sin que resulte una manifestacion contra el Rey? Ya habréis notado que aquí no se puede pronunciar la palabra « Patria », sin que el Sr. Presidente tienda sigilosamente la mano á la campanilla. Pues en cuanto á las dos palabras « dominacion extranjera », éstas van siempre, como el Viático, acompañadas de grandes campanillazos. (*Risas y aplausos en la izquierda.*)

Señores Diputados, si á todas las manifestaciones de la opinion se les da un sentido subversivo, no puede haber derechos individuales. ¿Los conservais? Se pierde la Monarquía, porque todos los derechos individuales, como os anuncié en una sesion célebre, todos son pólvora que hay bajo el Trono. ¿Los abolís? Habeis abolido la legitimidad de la revolucion. De suerte que si no fuera irreverencia á la Cámara, yo aconsejaria á la situacion que entonase á los derechos individuales, al sufragio universal, á la conciliacion de los partidos, este antiguo cantar español:

Ni contigo ni sin tí  
Mis penas tienen remedio;  
Contigo, porque me matas,  
Y sin tí, porque me muero.

Así no es maravilla que cada Ministerio sea un caos, y cada Ministro el enemigo de su compañero. El Ministro de la Gobernacion y el Ministro de Fomento, con ser del mismo partido, no pueden ni ponerse de acuerdo, ni de acuerdo continuar en ese puesto. Hay en el uno, en el Ministro de Fomento, el instinto de su partido, que quiere, no atraerse, no, convertir en progresistas los conservadores; y hay en el otro, en el Ministro de la Gobernacion, instintos exclusivamente gu-

bernamentales, arbitrarios, que le llevan á querer convertir los progresistas en conservadores. Pero estamos vengados del Sr. Ministro de la Gobernacion; los conservadores le han llamado demagogo.

Entre el Ministro de Hacienda y el Ministro de Ultramar sucede lo mismo. Los dos han ocupado idéntico Ministerio; pero el uno, economista, representa la transaccion con las ideas modernas, en tanto que el otro, poeta, representa la política de intransigencia, la política que consiste en conservar allí la Cruz, la Monarquía y la Metrópoli por los mismos medios por que allá fueron llevadas, por la audacia de nuestros navegantes y por la sangre de nuestro ejército. Y lo que pasa entre el Ministro de la Gobernacion y el Ministro de Fomento; lo que pasa entre el Ministro de Ultramar y el Ministro de Hacienda, pasa entre el Ministro de Estado y el Ministro de Gracia y Justicia. Miéntas el uno, en presencia del episcopado español, recuerda con orgullo que el Estado ha intervenido en la constitucion de la familia y ha roto el yugo de la intolerancia religiosa, el otro, penitente arrepentido, sepulta aquellos proyectos de relaciones entre la Iglesia y el Estado, de que tanto se vanagloriaban los progresistas de la Constituyente, y pide poco ménos que de hinojos la absolucion para sí, en premio de arrepentimiento, y el óleo con que San Leandro ungió á Recaredo y San Julian á Wamba, para el Monarca de las barricadas y del sufragio universal, para el hijo del excomulgado, á quien declara completamente ajeno al nombre y á la política de su padre, á ver si puede por algun medio y de alguna manera reconciliarlo con la Iglesia.

El Ministro de Gracia y Justicia oye los agravios que la Iglesia ha recibido del Estado, y los satisface. Y los agravios de la Iglesia al Estado, ¿quién los satisfará? Y son muchos y muy antiguos: la expulsion de

los grandes industriales, que extirpó nuestra riqueza; la expulsion de los grandes agricultores, que dejó yerros los patrios campos; la quema del pensamiento libre en la Inquisicion, que apagó la ciencia; la asfixia de toda protesta religiosa, que concluyó al cabo por destruir la espontaneidad en nuestra conciencia nacional; la entrega de las Universidades á un comentario perpétuo de otro comentario de Aristóteles, adulterado por las escuelas árabes y por los monasterios cristianos, con lo cual redujo el pensamiento á una cábala, á un juego del espíritu; la prohibicion de comerciar con los pueblos protestantes, que eran los pueblos trabajadores, que eran Holanda, Inglaterra, Alemania; absurdo que acabó con todo nuestro antiguo tráfico, y despobló y empobreció las dilatadas costas del Nuevo Mundo, creado para la libertad y para el trabajo; hasta que, alejado de la razon y alejado de la naturaleza, por consiguiente alejado de Dios, nuestro espíritu se asemejó al Segismundo de Calderon, que dudaba de la realidad del universo y de la realidad de su propio sér; que envidiaba la libertad del arroyo, de la flor, del pez, del ave, mayor aquí, ciertamente, que la libertad del hombre; pues la gran Nacion parecia reducida á no ser en el mundo sino el cadáver en que vinieran á aprender todas las naciones cómo perecen las razas más ilustres cuando entregan su conciencia á una Iglesia intolerante y su voluntad á una Monarquía absoluta.

Señor Presidente, desearia que, teniendo todavía muchas cosas que decir, como S. S. comprende, y estando un poco fatigado, tuviera conmigo la consideracion de concederme algunos pocos minutos de descanso.

El Sr. PRESIDENTE: Su señoría lo merece en todos sentidos, y ahora, sin perjuicio ninguno de las tareas del Congreso, ya que hemos oido la voz de la elocuencia, vamos á oir la voz de la Patria y del sentimiento

del deber, y vamos á votar en número suficiente definitivamente una ley.

El Sr. PRESIDENTE: Continúa la discusion pendiente. El Sr. Castelar sigue en el uso de la palabra.

El Sr. CASTELAR: Señores Diputados, iba describiendo nuestra situacion política interior, comparándola á nuestro organismo físico, y diciendo que así como hemos perdido por completo el equilibrio político, hemos perdido tambien el equilibrio económico, y económicamente considerada, se encuentra la Nacion mal, muy mal. Yo no oigo más que quejas en todos los partidos; yo no oigo más que grandes lamentaciones en todas partes.

Los empresarios de obras públicas no reciben siquiera el importe de los desembolsos que han hecho. Las rentas de los establecimientos públicos, que merced á la desamortizacion se trasformaron en papel del Estado, tampoco se pagan. Los institutos de caridad y de beneficencia se vienen á tierra. Los hospitales se arruinan sobre el lecho frio y desvencijado de los enfermos. Los niños de sus casas de expósitos en vano buscan el pecho de las nodrizas. Los maestros de escuela son los verdaderos mártires y las verdaderas víctimas de esta época de progreso democrático y civilizacion radical. Los rentistas, aunque hasta ahora han recibido más ó ménos formalmente el importe de sus cupones, tiemblan ya, porque saben que los cupones no se pagan sino merced á gravosos, gravosísimos empréstitos, los cuales derechamente nos conducen á la bancarrota.

Las clases trabajadoras no pueden gozar los beneficios de la libre asociacion, no pueden apelar al deses-

perado recurso de las huelgas, porque los gobernadores vedan arbitrariamente los derechos individuales, y por consecuencia, el nuevo régimen no ha traído ningún alivio á su miseria. ¡Y si á lo ménos los contribuyentes estuvieran contentos! Pero los contribuyentes se quejan de que cada tres años entregan su renta total, y que cada diez años entregan al Estado el importe íntegro de sus capitales.

Yo me rio muchas veces al ver los grandes aspavientos que aquí se hacen por ciertas ideas sociales, de las que yo no participo, cuando aquí, después de todo, hay el peor de los socialismos, el socialismo autoritario, que poco á poco se va quedando con toda la propiedad. Estamos enfermos, y para curarnos tenemos tres médicos. Los señores Ministros de Gracia y Justicia y Ultramar, que poseen un sistema científico, pero atrasado; los señores Ministros progresistas, que no son médicos, sino curanderos, y los señores Ministros demócratas, médicos que están á la altura de las ideas en la ciencia moderna, sólo que no practican. El Presidente del Consejo no es médico, es cirujano. Este corta y saja, y de que corta y de que saja bien, bien, tenemos grandes ejemplos en nuestros cuerpos los progresistas, los demócratas y los republicanos. Y si no, dígalo el aniversario del 22 de Junio.

Señores Diputados, ¡si á lo ménos la política exterior nos consolára de las desgracias de nuestra política interior! Ha habido gobiernos que han tenido una mala política interior y una buena política exterior, como, por ejemplo, el Gobierno de Pedro III de Aragon. Ha habido gobiernos que han tenido una gran política interior y una pésima política exterior, como, por ejemplo, el Gobierno de Carlos III de Borbon. Pero nuestro Gobierno ha tenido una mala política interior y una pésima política exterior. Y cuenta que le ligaban de-

beres sacratísimos con Europa. El partido monárquico español ha sido el perturbador de la paz universal; ha sido el incendiario del mundo. Cuando dos naciones guerreras se miraban frente á frente con ódio por esa línea del Rhin, que debíamos trazar con lágrimas y sangre en el mapa europeo, nuestro Gobierno les da motivo, si no motivo, pretexto, para una guerra de siete meses; en que París ha caído, y con París el centro de la civilización europea; en que Francia se ha amenguado, y con Francia el prestigio de la raza latina; en que hase erigido sobre las espaldas de Alemania un Imperio centralista, unitario, militar, que será tan letal para las artes y para las ciencias germánicas como lo fué el Imperio macedónico para las artes y para las ciencias griegas; Imperio tras el que se descubre para mayor espanto ese vasto vivero de razas, extendido desde el Báltico hasta la China; razas que, inquietas, indisciplinadas, codiciosas, aullan por nuestras mármoreas costas y nuestro florido suelo, siendo una amenaza tan espantosa para la civilización occidental como fueron durante cinco siglos las razas del Norte para el Imperio romano, que al fin cayó en ruinas bajo los golpes de aquellas irrupciones, semejantes al desquiciamiento de un planeta.

Y ¿qué habeis hecho vosotros por evitar todas estas catástrofes, por evitar la desmembración de Francia? ¡Ceguera incurable! España por haber sido causa ocasional de la guerra; Italia por deudas de gratitud; Inglaterra porque su alianza con Francia era la garantía de la paz europea, debieron evitar moralmente que Francia fuera desmembrada, porque al evitarlo, evitaban cincuenta años de guerra á la triste y trabajada Europa. Y nada ha hecho España, la nación defensora de la independencia de los pueblos; y nada ha hecho Italia, la nación que debía á Francia su propia inde-